

Salieron de Dakhla con algo de retraso y llegaron a la aduana de Marruecos cuando estaba cerrada pero gracias a que dijeron que el padre de Hanna es policía, les dejaron pasar y dentro encontraron a viejos amigos que les hicieron los papeles muy rápido y en muy poco rato la pasaron pero al otro lado, en la aduana mauritana cuando vieron que no llevaban alcohol (que es lo que últimamente buscan más por aburrimiento que por otra cosa) les pusieron la traba de que no se puede pasar más de veinte litros de combustible extra por vehículo, llevando 60 l. cada coche y gracias a un individuo que conocía a Jota, al final los dejaron pasar y en la policía Artouro ya esperaba a todo el grupo. Una vez hecha toda la burocracia se fueron a cenar a casa de él donde se quedaron a dormir o mejor dicho intentarlo ya que el concierto de ronquidos fue bueno.

Al día siguiente hasta la capital mauritana por carretera aunque casi cien kms antes de llegar, decidieron ir al mar a acampar que estaba muy cerca pero al llegar a la playa la encontraron con la marea alta por lo que los dos vehículos mientras buscaban un lugar para poder parar sin que les llegara el agua y no hubiera tanta arena se quedaron atascados en la ella a la par que un enfurecido viento que levantaba grandes olas en el océano, levantaba los finos granos de la arena de la playa a los que afanosamente se esforzaban en cavar para sacar los coches. Para ser la primera quedada, lo hicieron todos muy bien pero no pudieron acampar ahí porque con ese viento era incomodísimo por la cantidad de polvo y arena que llevaba de un lado a otro, así que buscaron un sitio más resguardado donde montaron el campamento con bastante frío.

Una vez en marcha otra vez en el nuevo día, sin problemas llegaron a la capital para dirigirse rápidamente a la embajada de Mali y sacar los visados para todos pero a Hanna por ser marroquí, no le hizo falta. Mientras terminaban de hacer los visados, dieron una vuelta y al regreso se empezó a arremolinar gente gritando, llegó la policía antidisturbios y en la embajada les informaron que había habido un golpe de estado por la mañana. Al intentar salir de la ciudad, encontraron muchos puestos de soldados con coches armados con ametralladoras hasta que un vehículo de una persona muy simpática les aconsejó que salieran de la zona donde se encontraban y al responder que es lo que querían pero estaban un poco desorientados y que querían salir de la ciudad, les dijo que les siguieran y los llevó hasta un lugar desde el que era fácil salir y vieron que era un policía secreta el que les guió. En la salida de la ciudad había muchos soldados fuertemente armados con tanquetas que les dijeron que no se preocuparan de nada que no había problemas y que el todo el país era seguro. Pararon a dormir en una bonita explanada llena de hierba pero hizo un calor increíble y tanto Enric como Jota prefirieron dormir fuera pero a media noche cayó una tormenta increíble con truenos tremendos que los mojó.

Tras la tormenta vino la calma que se celebró con un buen desayuno y nuevamente a la carretera para. Durante casi todo el viaje estuvo lloviendo sin parar y en muchos sitios la carretera estaba cortada por el agua pero con los todo terreno pasaban valientemente. Ya de noche dejó de llover y buscaron entonces un lugar que estuviera seco para dormir teniendo la suerte de parar en una zona arenosa que había chupado el agua y tras un tentempié a dormir. El paisaje siempre era verde y lleno de ganado dando la sensación de que estaban en España y no en el desierto.

El paisaje desde la carretera hasta la capital fue de un desierto desolado pero una vez superadas las bonitas dunas blancas que hay más allá de Nouakchott, el paisaje

cambió por completo y el verde se fue apoderando de las grandes extensiones que se abrían a ambos lados de la carretera, parecían campos de fútbol llenos de vacas, ovejas y camellos. A la zona comprendida entre el Sahara y la sabana, se le llama Sahel y se diferencia por tener más lluvias y vegetación, pero ahora las lluvias eran continuas y la vegetación era más propia de un auténtico vergel que del Sahel. La sensación para el viajero es que estaba en España y no en el Sahara sino era por las haymas que bordeaban continuamente el caluroso asfalto.

Más carretera otra vez, Nema, el destino donde se dejará la carretera y se internarán por el desierto está a más de 1000 kms de Nouakchott, la capital. En todos los poblados, pequeños o grandes hay controles y les piden el pasaporte, la ficha y el cadeau (un regalo por el morro) por ese orden pero en uno de ellos, el oficial se da cuenta que a Francisco le falta el sello del papel de la importación temporal y el sello del coche puesto en el pasaporte. Les dice que es un problema grande y mientras vemos la forma de solucionarlo, Hanna hace un rico te al modo saharauí. El oficial informa que su superior le ha dicho que deben volver a Nouadhibou a poner el sello pero que él lo iba a intentar arreglar. Como el tiempo pasaba, hicieron la comida dentro de la comisaría y cuando se iban todos a poner a comer, el oficial les dice que todo se podía arreglar por 90 €, a lo que le dijeron que después de comer se hablaría y que no les importaba no pagar nada y regresar sin ir a Mali. Al final todo quedó arreglado por 50 € pero con el retraso llegaron a Nema de noche y tras un periplo por la ciudad buscando alojamiento, lo encontraron en un motel un tanto guarripé pero que tenía aire acondicionado y agua caliente. Al día siguiente vieron que el hotel que buscaban estaba cerrado.

Por la mañana no había luz en la ciudad y las gasolineras no funcionaban por lo que tuvieron que esperar toda la mañana para poder repostar y para ganar tiempo fueron a la policía para que les sellaran la salida del país y luego regresaron al motel a esperar. Mientras estaban allí, llegó un tipo que resultó ser un comandante de la gendarmerie y les recomendó encarecidamente que no hicieran el recorrido que tenían pensado porque dijo que era peligroso por los bandidos, etc, así que decidieron cambiar el recorrido y bajar por otro lado que, sin ser tan peligroso, tenía la desventaja de estar en la zona de las lluvias y barrizales. Por fin se pusieron en marcha cuando más calor hacía y tras buscar la pista se encaminaron a la aventura.

Todo estaba verde, de un verde claro que te hacía darte cuenta de porque Heminway puso a uno de sus libros de África el título de “las verdes colinas de África”, este verde tan brillante e intenso no se ve en otros lugares más que en África. La abundancia del agua en esta estación rellenaba con acacias de estampa africana, grandes explanadas de hierba verde y en otras había arbustos que las ovejas y cabras comían muy a gusto. Este esplendor hacía olvidar a las gentes autóctonas la dura estación seca y la abundancia de pasto era ilimitada por no haber cultivos de ninguna clase. Se veían montones de pájaros, los bellos abejarucos apenas llamaban la atención entre las aves de colores azul metálico o verde metálico, también había pequeños pajaritos con una cola tres veces su cuerpo u otros de pico curvado. Durante todo el trayecto se pudieron ver muchas águilas, la mayoría de las veces en el suelo, pero en una zona, cuando el día estaba dando paso a la noche, pudieron contar más de trescientas, algo increíble y un poco más lejos llegaron a un poblado donde pidieron hospitalidad y durmieron allí. Les pusieron una casita a su disposición pero tres de ellos prefirieron dormir al aire libre en unas alfombras que situaron al lado de la casa. La cena consistió en una pasta muy

calórica pero un tanto sosa que no fue del gusto de los viajeros pero tanto Enric como Jota la comieron para no parecer unos maleducados dejando todo en el plato.

Prosiguieron el viaje temprano aunque les dio tiempo a jugar un partidillo con los chavales a los que les habían regalado un balón y, tras despedirse de sus amables anfitriones, pusieron rumbo hacia Basikonou a donde llegaron con un calor excesivo a media mañana. Durante todo el itinerario se podía ver gran cantidad de agua de las recientes lluvias que iban bordeando y tuvieron que vadear un río que a pesar de la profundidad, ni llevaba corriente ni el fondo era blando. En Basikonou, ciudad fronteriza, llena de polvo, calor y gente que andaba rápida por sus calles para volver a ponerse a cubierto del sol, les volvieron a sellar el pasaporte. Salieron de la pequeña ciudad por un pequeño bosque y a los pocos kms cuando llegaron a un enorme prado con árboles dispersos, vieron a un coche de unos indígenas que estaba hundido en el barro, del cual toda la zona parecía lleno de él. Francisco se atascó al querer tirar del vehículo hundido pero Jota lo sacó con el cabestrante y luego rescató al otro vehículo que llevaba desde el día anterior según contó su conductor. Arrancaron otra vez pero a los escasos metros se atascaron los dos coches de nuestros viajeros. En el desatasco, el cabestrante de Francisco se rompió y Jota, con ayuda de los demás y el cabrestante conseguía desatorar del légamo su Toyota pero se volvía a quedar atrancado nuevamente. La noche cayó y para desesperación de todos menos Jota, los dos coches seguían atascados, así que cenaron poco y por la mañana se dispusieron a sacar los vehículos con tranquilidad, algo que consiguieron al cabo de un par de horas de trabajar en el barro. Mientras un par de Toyotas cargados con gente pararon allí cerca y de paso se pusieron a arreglar uno de sus vehículos. La gente era amable, les indicaron por donde debían circular mejor e incluso ayudaron en el desatasco. No se volvieron a atascar y cruzaron a Mali sin mayor problema. Pasado Leré, el paisaje cambió notablemente dando lugar a acacias más raquílicas que las que había kms atrás y palmeras de cocos y una especie de melón o gran pepino que cuando lo probaron en Tombuctú estaba muy malo. En una de estas se estropeó una polea del aire acondicionado de Jota, así que continuaron sin él pero ya no hacía calor. La pista no era buena pero por lo menos no se hundían. Dieron otro de los balones que llevaban a unos chavales que jugaban con un trapo al fútbol y cuando se hizo de noche continuaron para adelantar un poco parando en lo que era un gran lago seco.

A la mañana siguiente mientras desayunaban, comentaban contentos que a media mañana podrían llegar a Tombuctú pero al poco de ponerse en marcha, se puso a llover como no habían visto hacerlo en la vida, tuvieron que para porque el agua caía como si la echaran con varias mangueras y los limpias no eran capaces de retirar el agua de los cristales. Llegó un coche de un lugareño y se puso a circular, así que le siguieron pensando que sabía por dónde ir pero era complicado porque todo estaba anegado en agua y el camino ya no se veía. El vehículo pronto se atascó y el coche de Jota lo sobrepasó y paró en un alto donde se juntó el range de Francisco. Durante mucho tiempo continuó lloviendo pero no tan fuerte y cuando casi había amainado estaban en el medio de un gran lago que poco a poco se fue secando y se pusieron en marcha para ayudar al otro vehículo pero lo que consiguieron fue atascar el Toyota de Jota. Por fin lo pudieron desatascar entre todos y una vez secos decidieron esperar a que no lloviera nada y se secase un poco más el suelo para poder regresar por donde habían venido, lo cual hicieron a última hora de la tarde y tras haber estado a punto de atascarse varias veces, tomaron otra pista que los llevó directamente por una pista de un ondulé toulé terrible, a la mítica Tombuctú a donde llegaron ya entrada la noche pero lo celebraron

con unas cervecitas frías. La cerveza en este país se encuentra en todos los lugares sin ser cara y sobre todo una llamada Castel Beer que fabrican en el país. El hotel al que fueron estaba lleno pero Kalil les llevó a otro que estaba cerrado pero como conocía al dueño lo abrió para ellos.

El día siguiente lo emplearon en cambiar dinero, sellar la entrada al país, arreglar lo del aire acondicionado, lavar los coches de todo el barro que llevaban y visitar la ciudad, sus limpias calles y las bien cuidadas mezquitas. Por la noche aprovecharon para comprar plata “auténtica” tuareg pero a precio de oro siendo Esther la que más disfrutó con las compras regateando continuamente.. Se hubieran quedado un día más pero llevaban retraso por lo que al poco de amanecer embarcaban con los coches para cruzar el Níger. El barco era una plataforma sin más para llevar unos diez coches y los de ellos cupieron de milagro. Al llegar a la otra orilla desembarcaron en la arena y un coche de los que iban en la barcaza se atascó pero gracias a la intervención de Francisco que les dejó las planchas y se puso personalmente al volante, sacaron el vehículo que por cierto estaba alquilado para el viaje de unos españoles a los que vieron en muchos tramos del viaje. La pista estaba llena de ondulé toulé aunque no tan tremendo como la que los llevó a Tombuctú. Por el camino, en una aldea dejaron una gran parte de la ayuda humanitaria y Jota les compró un gran machete que usaban ellos y una vieja montura touareg de camello. El paisaje era muy bonito y a media tarde cayó una tromba de agua y no dejó de llover hasta llegar a Douenza donde pasaron la peor noche del viaje, primero por el calor tan tremendo que hacía en la habitación y luego por los mosquitos. Antes de llegar a la ciudad, con la luz del atardecer vieron una cadena montañosa con formas caprichosas en las que la niebla y la lluvia acentuaban su belleza.

Tras reponerse de las picaduras, se dirigieron a tomar la pista que se dirige hacia Bandiagara. Allí, en una de las míseras aldeas que jalonan el itinerario, estuvieron viendo como muelen las mujeres el mijo y el sorgo que es la base del sustento cotidiano en todo el país, por lo que es habitual ver batir a las mujeres estos cereales siempre en las aldeas. El recorrido era precioso entre bosques de grandes árboles y montañas llenas de verdor. A cada pequeño tramo paraban para fotografiar el paisaje. Así llegaron a Bandiagara para continuar a Jigibambo, una aldea del País Dogón donde comieron arroz con un guiso de carne muy bueno y durmieron la siesta bajo unas grande árboles para continuar hasta Telli alojándose en un pintoresco campamento de adobe en el medio del pueblo al que había que llegar vadeando dos ríos y que estaba situado bajo un gran farallón. Por la mañana se dirigieron andando a un pueblo y por el camino aprovecharon para bañarse en el remanso de una gran cascada. Los campos estaban cultivados de mijo y sorgo y se podían ver a los hombres o las mujeres por igual trabajando en ellos con la ayuda de niños en algunas ocasiones. El objetivo de la excursión era ver una aldea ya deshabitada colgada de la montaña y nada más comer se puso a diluviar por lo que les tocó regresar lloviendo. En este pueblo compraron bastantes cosas que para trasladarlas las pusieron en un carrito del que tiraba un toro que estaba loco porque no hacía más que dar coces y si no es porque habían atado los paquetes, habrían ido al suelo en varias ocasiones. Los pequeños ríos que habían pasado ahora bajaban crecidos y en uno el agua casi les llegaba por la cintura. Por las montañas se veían caer cascadas preciosas que hacía un rato no existían. Hanna se montó en el carro para vadear el río profundo (los otros lo hacía encima de Jota) y ya continuó en él hasta el campamento turístico y cuando se iba a bajar, otra locura le dio al toro que esta vez incluso consiguió zafarse de las varas del carro pero Hanna se dio un buen golpe en la espalda que le dolió durante días.

Al amanecer nuevamente se puso a llover y para salir del pueblo, al cruzar el río, el agua les llegaba a los faros. Pusieron rumbo a Mopti, una ciudad algo sucia en la que la vida la da el río sobre todo cuando es época de lluvias y se llena de pesca que una vez capturada se seca y se vende a muy bajo precio. El puerto con sus grandes pinazas en las que pueden meter más de 100 personas, tiene forma de U y si no quieres ir bordeándolo todo, pues coges una pinaza a modo de taxi y cruzas, como hicimos nosotros para ir al restaurante para turistas en la punta del puerto. Lo mismo que el río está lleno de pinazas, sus calles lo están de motos coreanas o chinas, hasta las bodas, como pudieron constatar, se hacen en las motos. Mientras esperaban la comida, que fue una hora (en todos los sitios siempre tardaban una hora en preparar la comida y no siempre merecía la pena), el tiempo lo pasaron entretenidos con los vendedores que se acercaban cuando los camareros no los veían. Después navegaron en una gran pinaza por la confluencia de los ríos Níger y Bani visitando unos pueblos de pescadores en una agradable excursión. De regreso pasaron por las tiendas del mercado del puerto que ya lo estaban cerrando y en una de las tiendas, Jota compró un cocodrilo de madera de dos metros. Afortunadamente, porque volvió a llover por la noche, durmieron en un pequeño hotel donde aprovecharon para secar ropa.

La despedida de Kalil fue por la mañana, él debía regresar a Tombuctú y el grupo continuar el viaje. En pocos kms por una verde carretera llena de cultivos, llegaron al barco que les cruzaría a Djené donde ya les esperaba un amigo de Kalil para hacerles de guía por la ciudad. Hacía mucho calor y por la tarde visitaron el gran mercado que se montaba una vez a la semana delante de la gran mezquita, lleno de animación y bullicio. En él se vendía de todo y había montones de productos totalmente desconocidos que el guía pacientemente iba explicando su uso. Antes de salir de la ciudad, ya anocheciendo, pararon para hacer las últimas compras de las telas típicas de ese lugar, una especie de mantas de algodón de bonitos dibujos con su explicación. Al llegar donde el barco, había una gran cola para cruzar en el barco el río, así que finalmente se hizo de noche cuando pudieron subir a bordo y como no llevaban ningún tipo de luces y el coche de Jota estaba el primero, le pidieron que si podía encenderlas para ver mejor, sobre todo al atracar. Por la carretera iban buscando algún caminito sin barro para montar las tiendas pero todo estaba cultivado y no encontraban ningún lugar apropiado. Por fin dieron con uno y casi ni cenaron. Se acostaron rápido y pronto quedaron dormidos hasta que... llegó la securité y vaya con la securité. De repente una moto con un policía y otra persona vestida de civil y que parecía ser el jefe, dijeron que habían ido a ver si eran peligrosos. Jota les dio una ficha con los datos de todos los expedicionarios y en ese momento aprovechó el policía para pedir dinero pero él se negó por lo que el policía decidió que eran peligrosos y que tenían que recoger el campamento e ir a la comisaría pero gracias a Esther que con paciencia y disculpas habló con el supuesto jefe, finalmente se fueron con la promesa de que al día siguiente debían pasarse por la comisaría.

Por la mañana, con la luz pudieron ver que a menos de un km. estaba el pueblo que de noche no vieron y se fueron a cumplir su promesa pero el oficial que había no les dejó ni bajarse del coche y por señas les dijo que continuaran, cosa que hicieron sin discutir. Durante dos días continuaron por la carretera acampando en caminos apartados pero todas las noches les llovía y una de las noches especialmente fuerte y las tiendas se mojaron por dentro. Al llegar a Bamako, cogieron un taxi para que les guiara al consulado de Mauritania puesto que Hanna al ser marroquí, debía hacerse el visado en

un consulado porque en la aduana no se lo permite Mauritania. Comieron en un chino que es lo único aceptable que encontraron a parte de un restaurante de lujo que dejaban pagar con visa y tras conseguir el visado se fueron de la ciudad para continuar viaje hacia la aduana a la que llegaron al día siguiente de noche cerrada en un viaje sin más problemas que se le gastaron las pastillas de frenos al Toyota y hubo que parar en un taller para cambiarlas ya que el coche dejó de frenar. No las había por lo que con otras, les hicieron unas del tamaño de las originales a base de cortar el ferodo y las pusieron. El paisaje era siempre similar, campos de cultivos con árboles dispersos en ellos en mayor o menor cantidad. Unas veces eran baobab y otras enormes y preciosos árboles que no conocían.

En dos días más de carreteras ya en Mauritania en los que siguió lloviendo, se plantaron en la capital recogiendo a Artouro para que les llevara a comprar un filtro de gasolina para el Range que se quedaba sin fuerza y que ya le habían limpiado una vez en un pueblo pero al rato seguía igual. No encontraron ninguno original, intentaron ponerle uno de Toyota pero al final no se pudo y terminaron por poner un filtro de esos de plástico con un papel por dentro que le sirvió momentáneamente muy bien. Después se fueron a acampar a Tiwulit para coger al día siguiente la playa y subir por ella hasta el parque nacional. Nada más haber recogido el campamento por la mañana, de improviso les cayó el diluvio universal y se quedaron dentro de los coches jugando a las cartas mientras pasaba la tempestad que duró toda la mañana. Cuando salió el sol, la marea todavía no había comenzado a bajar, por lo que compraron un pescado que guisaron entre todas y que todos comieron con hambre. La marea seguía sin bajar por lo que se fueron a la playa a bañarse y cuando les pareció que la marea bajaba dejando espacio suficiente para meter los coches, se pusieron en marcha para encontrar a los pocos kms una duna que llegaba hasta el mar y que con la marea tan alta todavía no se podía bordear por lo que decidieron dar la vuelta, salir a la carretera pues pronto caería la oscuridad y llegar hasta el desvío a Nouanghar donde con una noche preciosa cuajada de estrellas acamparon.

No había salido el sol cuando ya estaba lloviendo a cántaros y sobre las nueve, como parecía que eso iba para largo, decidieron mojarse y desmontar el chiringuito. A los cinco minutos de haber metido todo en los coches dejó de llover. Pararon en una gasolinera grande y sacaron todo para que se secase mientras desayunaban unas tortillas que encargaron a precio de turista y un chocolate que preparó Jota. Mientras estaban allí, paró un grupo de españoles a los que habían visto a la ida en la aduana y se pusieron a contar las peripecias de unos y otros que por cierto, a uno de sus coches se lo llevó un río pero lo pudieron recuperar y no pasó nada a nadie.

Por fin se llegó a la aduana y para no variar, tarde, siendo necesario otra vez apelar a los orígenes de Hanna para que les cogieran los papeles. Una vez fuera decidieron ir a una playa pero al pasar por delante vieron haymas y nos les apeteció por lo que finalmente durmieron en el Barbas y al día siguiente continuaron hasta Dakhla dando por finalizado el viaje aunque menos nuestros amigos Jota y Hanna, el resto tuvieron que regresar a España bien en avión o por carretera.

Mali ha resultado ser un país lleno de belleza y encanto al que quieren regresar y sobre todo al País Dogón. Es caro, sobre todo los precios que te dan como turista y el combustible está a un euro, pero merece la pena. Solo llueve tanto desde agosto hasta noviembre, el resto del año, el país pierde parte del colorido verde y los ríos

languidecen bastante. Sea en la estación que sea, merece la pena conocerlo, sus gentes son amables y no agobian a los turistas.